

PREGON

SEMANA SANTA

MEDINA DE RIOSECO

Año de 1970



ILMO. SR. D. ANDRÉS FERRERAS PÉREZ

PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

Año de 1970

ILMO. SR. D. ANDRÉS FERRERAS PÉREZ

Abogado. Alcalde Presidente del Ilustre Ayuntamiento de Medina de Rioseco.
Vicepresidente de la Excelentísima Diputación Provincial de Valladolid

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada:

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 497.-2002

PRESENTACION

Ilustrísimo Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes. Reverendo señor Cura Párroco de Santa María y Santiago. Autoridades, presidentes y mayordomos de las Hermandades de Semana Santa. Señoras y señores. Amigos todos.

En fecha y lugar que nos puede parecer extraño, e incluso fuera de la ortodoxia de los diferentes actos oficiales que año tras año tiene establecidos la Junta de Cofradías, entre ellos el del Pregón, momento básico y principal, que sirve de prolegómeno y anuncio de los distintos actos y desfiles procesionales programados para la Semana Santa de cada año, nos disponemos a escuchar (algunos de los presentes, a volver a escuchar) el Pregón de Semana Santa que pronunció el Ilmo. Sr. Don Andrés Ferreras Pérez, en el año 1970, en el ya desaparecido Cine Marvel.

Durante años, nuestro querido y recordado presidente de la Junta Local de Semana Santa, recientemente fallecido, don Fernando del Olmo González, se marcó como meta conseguir recopilar los pregones de Semana Santa que, habiendo sido pronunciados en su día, no habían sido publicados, principalmente aquellos que a partir del año 1958 (*pronunciado por don Félix Antonio González*) fueron pregonados por distinguidas e ilustres personalidades y, a ser posible, publicarlos conjunta o individualmente, al igual que ya se venía haciendo con la mayor parte de ellos y de manera más continuada en esta última época, desde que Fernando asumió la Presidencia de la Junta de Cofradías.

De un modo especial, por su calidad, expresión de riosecanismo y profundidad de ideas, mostró su interés por el pronunciado por el Ilmo. Sr. Don Andrés Ferreras Pérez en el año 1970. Este deseo, a pesar de su fallecimiento, fue retomado por la actual Comisión Permanente de la Junta y se ha podido cumplir, después de haber establecido para ello las vías de diálogo necesarias con la persona adecuada, don Andrés Ferreras Pérez, quien en todo momento acogió la idea con cariño y afecto, poniéndose a total disposición de la Junta y dando toda clase de facilidades para que se pudiera publicar su pregón, por lo que le damos las gracias públicamente.

Andrés Ferreras Pérez nació en Cervera de Pisuerga, en la provincia de Palencia, hace 81 años. Después de haber estudiado el bachillerato en diferentes centros palentinos, en el año 1942 se traslada a Valladolid para iniciar los estudios de Derecho en su Universidad, en la que obtiene el título de Licenciado.

Casado y padre de tres hijos, a partir del año 1954 se traslada a Medina de Rioseco, afincándose definitivamente en nuestra Ciudad y aquí comienza a ejercer su carrera de abogado en ejercicio libre hasta que, en el año 1957, es nombrado Letrado Sindical de la Delegación Local y Comarcal de Sindicatos,

puesto que ocupó hasta su jubilación, lo que le sirvió para entrar en contacto directo con el mundo del trabajo, la empresa y los asalariados.

Desde el año 1966 hasta 1971 ocupó la más alta autoridad local como Alcalde de nuestra Ciudad, cargo que compartió con el de Vicepresidente de la Excelentísima Diputación Provincial de Valladolid entre los años 1967 y 1970. En la actualidad reside en nuestra Ciudad, rodeado de sus amigos, sus libros y sus recuerdos.

La época y momento histórico en el que se pronunció este pregón eran, desde el punto de vista social y político, muy distintos a los tiempos que ahora vivimos pero, como podremos escuchar dentro de breves momentos, los sentimientos que en él se expresan: de religiosidad, tradición y costumbrismo popular que nos distingue a los riosecanos con respecto a la Semana Santa, a las Cofradías y Hermandades y nuestro patrimonio religioso y cultural, persiste a pesar del paso del tiempo.

¡Parece que nada ha cambiado! Los pasos son casi los mismos al igual que el escenario ciudadano por donde discurren las procesiones, sus rúas y calles, la calle Mayor porticada, las recoletas plazas, etc. El afán y tesón por tener preparadas las túnicas para el momento oportuno de las procesiones permanece, al igual que permanece la ilusión de poder «sacar» o «servir» tu paso.

Todo es parecido pero algo nos dice que el tiempo pasa: los rostros y cuerpos de muchas de las gentes de entonces han cambiado y envejecido en mayor o menor medida. Personas allegadas muy allegadas a nosotros, familiares o amigos, protagonistas de ese ayer, nos han dejado para reunirse en el más allá en torno a Nuestro Señor y su Corte Celestial para, con seguridad total, decir y tratar de convencer al resto de los moradores celestiales sobre la importancia de ser Cofrade, de vivir esos momentos en las Hermandades, codo con codo y, sobre todo, hablarles de lo importante, grandiosa y querida que ha sido, es y será la Semana Santa en Medina de Rioseco.

Y sin más preámbulo, dispongámonos a escuchar de su voz el pregón que para aquella ocasión, en aquel año 1970, escribió Andrés Ferreras Pérez. Hagámoslo desde el sentimiento sencillo y noble que los riosecanos manifestamos para con nuestra Semana Santa, tratando de que llegue a lo más profundo de nuestro corazón lo que en él se expresa, el amor a Rioseco y lo riosecano, a nuestra Tierra de Campos o, como dijo el poeta, a nuestros Campos de Tierra.

Reiterándote nuestro agradecimiento por tu colaboración y participación en este acto, querido amigo Andrés, gustosamente te cedo el uso de la palabra para que, si lo tienes a bien, nos hagas llegar tu prosa y, a quienes te escuchamos entonces y a todos los que lo van a hacer por vez primera, nos llegue su mensaje a lo más profundo de nuestro corazón y de nuestros sentidos.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 1970

«Si yo soy quien da testimonio de mí, mi testimonio no es verídico; otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verídico el testimonio que da...».

(San Juan, 5, 31-32)

Tal vez por las mismas razones que el Evangelista invoca, los Pregoneros de la Semana Santa de Medina de Rioseco han sido siempre elegidos entre aquellos que no vieron su primera luz en esta ciudad, si bien la amen por diversas circunstancias.

Y hoy, me ha tocado a mí...

Algunos se preguntarán: ¿qué razones han motivado que este año tengamos este Pregonero? Sencillamente, vuestra generosidad conmigo. Ni más merecimientos, ni más razones.

Dificultades de coordinación y funcionamiento de la Junta de Cofradías, que, gracias a Dios, se están resolviendo dentro de un espíritu de caridad y comprensión, han hecho imposible la venida de otro Pregonero.

Pero no podía faltar el tradicional Pregón, nuestro Pregón. Y, como mal menor, heme aquí, metido en esta faena, que me agobia por el honor y la responsabilidad que representa y significa.

Perdonad los fallos y disculpad mi osadía, como compensación a mi buena voluntad.

Y, sin más preámbulos, comienzo ya.

* * *

¡Escuchad! ¡Oid vosotros, a los que llegue mi voz pregonera! ¡Sabed que mi testimonio es cierto porque es un testimonio indirecto, siquiera esté pleno de amor! Y escuchad, repito, porque vais a oír palabras que os lleven a intentar comprender la grandeza de una Semana Santa y la esencia espiritual de una Ciudad que hizo posible semejante celebración.

Tengo la plena convicción de que, rápidamente, quedaréis inmersos en la Semana Santa riosecana. Lo sé porque, a pesar de ser la obra amada de una ciudad y tener, por ello, peculiaridades singulares, exclusivas, propias, comoquiera que es igualmente virtual, esencial y fundamentalmente castellana, entraña un profundo cosmopolitismo, realizado en cada manifestación, palpitante en cada sentimiento, revivido en la reacción de cada uno de los personajes que en ella intervienen. Y todo porque esta ciudad es cuna de razas y madre de pueblos.

Esta es la razón por la que pueden entenderla todas las gentes, todos los peregrinos de emociones, porque el humanismo que de ella dimana es tal que la hace abordable al conocimiento exacto desde toda sensación –sea alegría, odio, amor, tristeza...– que el ser humano, cualquiera que sea su procedencia, advierte. Los sentimientos son pariguales en lo más íntimo y arcano de nuestras espirituales esencias.

Es nuestra Semana Santa un acontecimiento en el que el visitante se introduce. Y, al mezclarse y fundirse en él, penetra en el pasado esplendoroso y en el presente prometedor de nuestra representación, de los hombres que la hicieron y la hacen posible, de las costumbres que duran y persisten, explicándose sencillamente porqué el pueblo conserva sus tradiciones, porqué los «pasos» salen uno y otro año, porqué las generaciones se suceden y los hombres pasan mientras se renueva, persiste, perdura y queda incommovible la inquietud sublime, el esplendor doloroso, la reacción espiritual de nuestra Semana Santa, esta Semana Santa de Medina de Rioseco, que es substancialmente castellana, peculiarmente castellana, y, al mismo tiempo, profunda y virtualmente universal.

Para captar una imagen que, en pregonero, pudiera llevar hasta vosotros las esencias de la Semana Santa riosecana sería preciso reunir, no sólo la condición de amante de la misma, que es la que únicamente poseo, sino tener, además, las dotes del psicólogo y ser observador tenaz, maestro en el describir, pedagogo, pintor, escultor, poeta y músico, porque su belleza, su bondad, su grandeza, su alma maravillosa, requieren inexcusablemente la pericia de todas estas artes para poder cantar, en justicia, cada uno de sus méritos.

Quisiera que mi voz fuera vibrante y mi estilo ágil, para conseguir acaparar vuestra atención y acuciar el interés de todos. Quisiera que este Pregón quedase unido a vuestras celebraciones, no como uno más, sino como obra maestra que hizo el amor y no la ciencia, para que marque hitos en el entendimiento y en el espíritu.



He de procurar compenetrarme con la mística. He de sentir al unísono del entusiasmo de estas Cofradías. He de probar a cantar la maravilla de sus procesiones y las pasiones que de la contemplación de las mismas nacen... Y si fallo, como es probable que suceda –porque, aun cuando es mucha mi ilusión y mi ansia, más fuerte es la tarea–, no será por falta de cariño, sino porque mis fuerzas son escasas e ingente la obra que se me ha encomendado.

Lo que no haré será transcribir con indiferencia, ni hablar con crítica frialdad. Mi voz tendrá acentos de pasión y, sin duda alguna, vibrará temblorosa cuando recuerde un paso, una imagen, una procesión o hasta una nota costumbrista. Y todo ello porque mi alma, enraizada en la amplitud de estos campos castellanos, no podrá volar por estar sujeta a esta tierra que prestó la policromía sin par a los pasos, porque está atada a los pinos retorcidos que un día cedieron su madera para que la gubia y el formón grabasen la sinfonía escultural de sus imágenes.

Quiero ser testigo fiel de lo que he visto, para que mi testimonio desinteresado module con veracidad la canción que brota del espíritu de la Semana Santa de Medina de Rioseco.

Esta Semana Santa, obra grande de un pueblo que, unido hombro con hombro, persevera en la fe de sus mayores, es hija del entusiasmo y de la tradición, de la continuidad y del mimo, del amor y de la historia, de la herencia y de la raza... Fe cimentada y estable, que lleva a la inmovible esperanza evangélica de que nos habló San Pablo.

¡Mirad las Hermandades! ¡Contempladlas en sus reuniones! ¡Observad los rostros de quienes las forman! Veréis edades distintas: ancianos, jóvenes, niños... Mas, si lo hacéis con detenimiento, no podréis por menos de asombraros ante el parecido físico de sus componentes. Y esto, que puede llevaros a la admiración, no es nada extraño, porque, por leyes de herencia, siempre se asemejaron los padres, los hijos y los nietos, y quienes allí aparecen reunidos, vinculados están por tales lazos de parentesco. Porque la Semana Santa riosecana es perennidad constantemente renovada; árbol frondoso en el que jamás faltan brotes nuevos, retoños incipientes; espiga fecunda que da grano para hacer pan y para sembrar; amplio campo donde hay parcelas ya en pajas, fértiles tierras sembradas, campos alzados y aún vírgenes...

Semana Santa de una ciudad que con Cristo se une, con Él se crucifica y con Él muere, para después... resucitar con Él.

Y, como la obra es titánica y escasos los medios, esta escena se va repitiendo y los Cofrades lo son, a veces, de más de una Hermandad, porque es preciso que el paso salga, que la procesión continúe, que la tradición persista, que Medina de Rioseco tenga su Semana Santa, esa Semana Santa que es obra de siglos, de generaciones y de sangre.

¡Mirad a los Cofrades! Están tostados por cien soles diferentes. Tal vez, hasta las modulaciones del lenguaje os suenen distintas y aún extrañas. Y es que, cuando se acerca la Semana Grande, aparecen riadas de riosecanos, a quienes la vida llevó fuera del cauce sereno de las rúas y que ahora vuelven a discurrir por ellas. Y es que, cuando la Semana de Pasión llega, todos a una, comparecen a la cita, desempolvan sus túnicas, sacan brillo a sus medallas, respiran profundamente el aire que se corta en la torre de Santa María y se disponen a tomar parte en los desfiles procesionales, cada uno en su puesto, ese puesto del que jamás pensaron en desertar.

Es la raza, que acude a la convocatoria de la llamada destemplada del «pardal», cuyo toque tiene un aquel, un algo que solamente puede darle la heredada sabiduría que pasa de padres a hijos, igual que la receta importante, oculta y celosamente guardada, de los pasteles de Marina. Es la raza, que vuelve con ganas de oír el golpear sordo del «tapetán», sonido que emociona, que vibra y conmueve en lo más profundo. Es la voz de la sangre...

Vienen del norte y del sur, de donde sale el sol y donde el sol se pone, desde todos los puntos de la rosa de los vientos. Vienen a continuar haciendo historia de su ciudad, a impulso de los lazos que a ella les unen.

Y vienen todos los años, sin faltar uno solo, con regularidad matemática, con emoción mal contenida, con impulsos renovados, con la fe de siempre..., de la misma forma que vienen la sementera y la cosecha, el frío y el calor, las nubes plomizas y el cielo azul brillante. Vienen porque la Semana Santa riosecana, obra inmensa de un pueblo, es entusiasmo y tradición, continuidad y perseverancia, amor e historia, herencia y raza...

Por eso se temen los cambios, se rechazan los extranjerismos y pervive el deseo, consciente y pleno, de conservar la costumbre. Por eso las Cofradías guardan celosamente los tesoros de su tradición. Por eso cualquier variación –aun siendo precisa en algunas ocasiones– suena a sacrilegio. Por eso, en este tiempo, todo gira en torno a las procesiones: preparativos, forasteros, mejoras en los pasos..., como si el sonido del «pardal» hubiera puesto en tensión los cuerpos y en vigilia espiritual a las almas.

Y vienen a Medina de Rioseco. Vienen a Castilla.

Castilla, que es tierra de fortalezas y horizontes, de altozanos y llanuras que parecen no tener fin, de sembrados y barbechos, de cielo luminoso, límpido y esmerilado, y de tormentas de polvo sucio, pegajoso y remolineante... Castilla, que es una eterna contradicción.

Y si Castilla es tierra de campos, la Tierra de Campos es la genuina representación de Castilla. Y Medina de Rioseco está en Castilla y, además, en la Tierra de Campos. Por eso, junto a sus casas de barro, como paradoja incomprensible, aparecen sus pétreos templos, obras maravillosas que, aun siendo objeto de nuestra diaria mirada, nos parecen delirio de un ensoñar fantasmagórico... y tememos que cualquier día, al despertar, hayan desaparecido, que no existan, que sean fruto sin rastro de una quimera.

Tememos que se convierta en niebla la torre barroca, afiligranada, preciosa, de Santa María, echada a volar en compañía de las nubes, sus amigas, que la acarician, la miman, la orlan y la besan al pasar.

Tememos que la Capilla de los Benavente, de colosal grandeza, de belleza angelical, complejo y completo tratado teológico de los misterios divinos, haya sido transportada al Templo de Dios.

Tememos que las rejas, que asombran con sus juegos engarabitados, plenitud de la armonía artesana que cincela y teje el hierro; y esa sillería de mil caras, de mil gestos, de mil bíblicos personajes; y esos retablos, repletos de retorcidas imágenes, sombra del arte de un genio que no aceptó limitaciones a su capacidad creadora, que se hizo castellano a trazos de buril, modelado a sí mismo en los recios materiales de la tierra; y esa armonía de líneas arquitectónicas, de espacios... ¡tememos que se hayan hecho carne viva de un museo lejano, se hayan ido, y ya no sean nuestros!

Tememos que la gracia náutica de la iglesia de Santiago, verdadera catedral cuyas columnas de belleza estilizada semejan los mástiles del más airoso de los navíos y cuya luminosidad asombra, conmueve y espirituali-

za, remontándonos en halos de claridad a celestiales mansiones, se nos vaya como los ríos de los versos del poeta: a la mar, al morir, a la nada... y no la veamos más, y que nos quedemos llorando la ausencia de este templo amado que, en su humildad recoleta, oculta con recato, con timidez, incontables bellezas: en el envés del deslumbrante encaje de la puerta plateresca esconde su fachada gótica, a la que ni la oscuridad puede privar de su digna belleza; y disimula su ábside, que apenas vemos cuando regresamos de acompañar por última vez a nuestros parientes y amigos, de vuelta del Cementerio, maravillándonos de tanta perfección y tanta gracia, de tanta pulcritud, de tanta grandeza y tanta sencillez. Si las paredes existen en el Cielo, si hay muros divisorios en la Ciudad de Dios, éstos y aquéllas no pueden ser de otra naturaleza que la del ábside de Santiago: duros y suaves, fuertes y pulidos, macizos y tersos, gigantescos y elegantes...

Y tememos que la mole de Santa Cruz, que disimula su tamaño en el equilibrio maravilloso de sus líneas, se desgaje y se vaya, llevándose consigo el enorme y diáfano espacio de su nave central, sus retablos sobrios pero perfectos, sus joyas y tesoros que cantan con lenguaje inigualable la fe de un pueblo que los entregó para alabanza de su Creador, y su admirable fachada —que hoy no vemos, porque está sembrada, esperando espigas de reconstrucción, pero que contemplaremos de nuevo, porque así lo deseamos y porque a nuestro lado, apoyando las peticiones, está el amor entrañable de D. Vicente Silva Garrido, riosecano ilustre, que ha movido voluntades y manejado acicates para que la obra comenzara y para que concluya, devolviéndonosla ya sin muletas.

Y ese mismo sentimiento de temor a la partida nos invade cuando miramos a San Francisco, cuyos retablos son como una síntesis perfecta de nuestra Castilla: frágiles en sus elementos y eternos en su arte, en su conjunto, en su armonía, en su precisión, en su vida... Esos barro cocidos de Juni, modelador de la realidad, en los que, si nos fijamos detenidamente, veremos plasmados los rostros y figuras de algunos de nuestros actuales convecinos que, reencarnados, son aún hoy barro viviente y no polvo. Ese altar mayor, pleno de riqueza decorativa, y esas estatuas orantes, genuina representación de unos hombres que saben crear para orar a su Dios e hincarse de rodillas para rendirle homenaje de devoción y adoración.

Todo, todo, tememos que sea apenas fruto de nuestra imaginación.

Mas no es así. Ahí están, obras erguidas, reales, imponentes, ejemplo perenne de lo que pudo un pueblo a través de la historia. Ahí están, esperando que vengáis a admirarlas y a soñar despiertos. Y para que luego no penséis que todo fue un bello e imposible imaginar, mirad, tocad, sentid, vivid Medina de Rioseco.

Y, para ir de una a otra de esas catedrales, habréis de recorrer sus calles. ¡Las calles de Medina de Rioseco! Esas calles que encierran la maravilla de sus puertas medievales y de sus casas señoriales. Esas callejas presurosas y púdicas en las que aún existen rejas forjadas a golpes de corazón y retorcidas como la incomprensión del que pasa a su lado sin mirarlas...

Y, sobre todas ellas, su Calle Mayor, la antigua Rúa, arteria que parece persistir para mostrarse como espejo y modelo. Muchas veces se ha cantado su plasticidad, diariamente la contemplamos y, lo mismo que ocurre con la mujer amada, ni su belleza cansa, ni observarla de continuo nos enoja, ni pasearla cada día desengaña; por el contrario, la amamos más y más, porque es única, la mejor, la más hermosa, la más perfecta, la que, conforme pasa el tiempo, penetra más y más en nuestros corazones.

Sus repechos, sus sinuosidades, sus postes, todos desiguales, pero —¡he ahí la maravilla!— contribuyendo todos a la armonía del conjunto. Sus penumbras, sus piedras en las que podemos leer el pronóstico meteorológico que han aprendido a vaticinar con la ciencia atesorada en largos años de existencia... ¡Cuánta sabiduría y cuánta hermosura encierran! Sí, sabiduría, porque muchos han hablado de su aspecto externo y pocos de su utilidad. Nuestros antepasados supieron trazarla bella y práctica con bocacalles que jamás se enfrentan, evitando las corrientes. Y la Rúa, mujer al fin, orgullosa de sus femeniles curvas, se ofrece como parapeto que burla cierzos, abrigo cuando los fríos, paraguas para la lluvia, sombra y frescor en la canícula, zoco, paseo, mentidero...

Si sus columnas pudieran recogerse en un templo, nos encontraríamos con una nueva mezquita cordobesa trasladada al centro de Castilla. Sin jaspes, ni mármoles, porque apenas ofrecen madera, humilde y durísima madera que parece haberse convertido en piedra. ¡Soportales humildes!

Y también soportales grandiosos, como los de la Plaza Mayor; o como los de ese rincón que admiró el escritor enamorado, un sitio que parece hecho para tomar el sol en los días de invierno, para cobijar tertulias de viejos literatos, de poetas, de jubilados, de filósofos... o de comadres.

Soportales por donde discurre la vida de la ciudad, la savia que la fecunda. Soportales que han dejado un poco en el olvido otras calles antiguas, como la de Los Lienzos, que antes fueran el centro de aquel emporio de comercial riqueza, en aquella ciudad de los mil millonarios que llegó a ser nuestra Medina de Rioseco.

* * *

Desde la altura de las torres de nuestras iglesias os espera la visión de una ciudad cobijada a sus pies, soñolienta, adormilada aún cuando el sol la

besa en la madrugada, de beldad bucólica y aire señorial, luminosa como un cuadro de Watteau, transparente como la prosa acrisolada de Azorín.

Y es en este escenario, que parece creado expresamente para la conmemoración, donde tienen lugar las procesiones de la Semana Santa de Medina de Rioseco. Es como si la voz del Señor nos dijera: «Mi tiempo esta cerca, en tu casa hago la Pascua con mis discípulos»... y señalara con su dedo divino a nuestra ciudad.

Ved cómo se prepara cuando se aproximan los días grandes de la Semana de Pasión. Se limpia el tapizado césped que ha nacido –¡oh milagro de plenitud y fecundidad!– a los pies de los campanarios; se hermo-sean las calles; se limpian las fachadas; se disponen y adornan los escaparates... Es natural: a fuer de hospitalarios, todo parece poco para agradar al que viene.

Y, a la vez, se celebran Ejercicios Espirituales; se reúnen las Hermandades; se celebran las misas de los pasos, a las que acuden los Cofrades vivos y –tenemos la plena seguridad– también los muertos, pues por ellos se dicen; se organizan triduos y conferencias...

Es tan grande nuestra Semana Santa que cambia nuestra habitual forma de vida y la renueva: se limpian los cuerpos y las almas, lo exterior y lo interior, el barro y el espíritu. La palabra del Señor dice: «Buena obra es la que has hecho conmigo».

* * *

Todo se prepara, porque ya, cercano, inmediato, entre cantos triunfales, con agitar de palmas, se acerca el Domingo de Ramos, el que abre el desfile de nuestras procesiones. Domingo sencillo, de niños, de estrenos, de risas. Procesión llana, de pueblo, que no parece hermana de las que han de venir luego.

* * *

Y llega el Miércoles Santo. Vía de Dolor. Camino del Gólgota. «El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo he de beber?».

Al anoecer, la iglesia de Santa María se convierte en gigantesco estuche de almas. Termina el Triduo y se inicia la procesión: el Vía Crucis. Un paso, el Cristo del Amparo, escultura de escalofriante sencillez, toscamente preparada, humildemente presentada. Detrás, la grandiosidad del Cristo de la Paz. Y junto al Cristo humilde, tosco, sencillo, toda una multitud –parece que las casas se han quedado vacías; todo el vecindario está presente en «sus» procesiones–. Es, ésta, la procesión de un pueblo y para un pueblo.

Paradas al son de una campanilla que, en la noche silenciosa, se asemeja de plata y tiene tintineos de cristal. Estaciones que van cubriéndose

al toque del «pardal», que pone en la oscuridad una nota de sobrecogimiento. Rezos que salen del alma; cánticos de penitencia que se prenden de los muros de las casas, aproximándolas aún más que de ordinario; calles que se convierten en cintas estrechas y sinuosas, tal vez porque el pueblo lo llena todo y empequeñece todo, o, quizás, porque el Cristo –que, ¡cómo no!, tiene los brazos abiertos para perdonarnos, para estrecharnos– reúne a todos los hombres, a todas las casas, a toda la ciudad, junto a su corazón.

Y en el escenario sin par de la puerta de Santiago, Cristo se encuentra con su Madre. Dolorosa de Juni. «¡He ahí a tu Madre! Y desde aquella hora la tomó el discípulo en su compañía.»

Y la Salve se entona con emoción mal contenida.

Y se van sucediendo las Estaciones, mientras la procesión avanza por la calle de Los Lienzos, en cuyas fachadas con balcones corridos, de afiligranadas rejas, se refleja, crecida, aumentada, espiritualizada, la sombra del Cristo del Amparo y, agigantada, la del Cristo de la Paz, como si quisieran abrazar en este Día de Dolor y Perdón a las almas de nuestros antepasados –a quienes, si cerramos los ojos, imaginamos presenciando el desfile tras las ventanas o en la penumbra de los grandes portalones.

Y la procesión llega a la Calle Mayor. Apenas hay espectadores, porque hoy todos toman parte activa. Y hasta los postes de los soportales, tantas veces cantados, se unen al cortejo tan devotos, silenciosos, mudos y ordenados que parece que tuvieran alma (al menos esos en los que cuelgan, clavadas en su material esencia, las cruces sencillas que marcan el alto de alguna Estación).

El desfile retorna a Santa María y la muchedumbre se apiña junto a la portada. El silencio es impresionante en la última Estación y más cuando el Cristo, cara al pueblo, al que ya ha perdonado, va entrando lentamente, muy lentamente, en el templo.

Creo que, esta noche, en cada corazón riosecano hay una capilla que alberga a los Cristos del Amparo y de la Paz, y un lema que es como la reacción de Jesús ante los pecados: «¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!».

* * *

En las horas de la mañana, durante los días de Jueves, Viernes y Sábado Santos, la ciudad está como dormida. Todo es calma, sosiego, silencio... y éste es tal que se hace oír. Hay quietud en el ambiente. Sin embargo, aunque no existen muestras visibles, por debajo de ese manto de silencio hay un algo que palpita y vive con creciente ritmo: un corazón de descompasado y taquicárdico latir.

Más que dormida, la ciudad está como en éxtasis, en contemplación, expectante ante los grandes sucesos que han de tener lugar cada tarde.

En la mañana del Jueves Santo sólo las iglesias, tan silenciosas y serenas de ordinario, se llenan de actividad. Hay que preparar los Monumentos, joyeles provisionales del Amor Divino, templos dentro de los templos, filigranas de cera y flores, peldaños de gloria, trémula luminosidad en la oscuridad de la Pasión, santuarios del Dolor, de la Fe y de la Vida, nuevas Arcas de la Alianza... y también sencillez, austeridad, simbolismo, rememoración, ágape, Cena Pascual de los últimos años en Santa María.

Y mientras, los Cofrades arreglando sus pasos, con mimo, con caricias tales que no pueden ser comprendidas por quienes no distinguen en sus ojos el brillo emocionado de un amor que sólo puede demostrarse una vez al año.

Hay permanentemente una guardia de honor en torno a los pasos. Una guardia que componen familias enteras: niños, mayores y ancianos. Una guardia que se ofende si algún extraño intenta tocar las tallas o se acerca demasiado al tablero. Una guardia que es Amor, Tradición, Historia, Pasión.

Por eso las voces se elevan, hasta romper el silencio, cuando surgen comentarios sobre los pasos entre Cofrades de distintas Hermandades. Siempre, siempre, es mejor el propio, el de cada uno, el de los antepasados, el de los hijos. No importan las razones. No hay razones. No vale para nada la lógica. «Mi» paso es mejor, porque es mi paso... Y, como el corazón manda, como el sentimiento ordena, como la pasión legisla, no hay ni un solo paso malo, ni un tablero peor, ni una imagen de menor condición... Todo es extraordinario, todo es magnífico, todo es... ¡lo mejor del mundo!

Maravilla de Cofrades, que se unen en cuerpo y alma a sus pasos. Maravilla de pasos, que lo significan todo y que son, por eso, Santos Pasos.

Ya los Sagrarios tienen a Cristo en su corazón. Ya el pan, espigas de nuestra Castilla, se ha convertido en su carne. Y Él espera que las almas se le acerquen. ¡Visitad los Monumentos! ¡Acudid a los Sagrarios! ¡Id, porque el Señor os aguarda!

Pero visitadlos por la mañana del Viernes Santo, cuando todo es paz, silencio, penumbra, emoción contenidas. Y acudid, sobre todo, a los más apartados del centro de la ciudad. Id a esas capillas recoletas de los conventos. Incad las rodillas en la semioscuridad. Oiréis el chisporrotear de las velas, percibiréis el olor de las flores, os extasiaréis pensando que el Señor está allí, muy junto a vosotros. Os llegará también el susurro de las oraciones de las monjitas de clausura o la maravilla celestial de sus cánticos doloridos, que jamás podréis olvidar, porque las

voces de las vírgenes en vela de amor semejan una anticipación de los goces eternos.

Es tan maravilloso el silencio, tan imponente la calma, que, cuando se regresa a la ciudad y aunque ésta continúe aletargada, nos parece que los ecos de sus movimientos van creciendo de tal suerte que nos dan ganas de retornar al convento que acabamos de dejar, junto al Monumento, al lado del Señor, y no regresar jamás.

* * *

Y ahora sí; ahora ya estamos inmersos en el ajetreo. En las iglesias, con las prisas, aumentan los ruidos. Por las calles hay desfiles de vajillas, de bandejas colmadas, en un pasar y repasar de los familiares de aquellos que este año van a servir los pasos.

Los apóstoles prepararon la cena del Señor.

Sirven y mandan con la firmeza de una autoridad que es muy difícil, casi imposible, poder ejercer dos veces en la vida; con la serenidad de quienes tuvieron antepasados que conquistaron un mundo; con la precisión de quien sabe que ordena y dispone pero, al mismo tiempo, por ser mayordomo, tiene la obligación de trabajar para los demás. Nos encontramos así ante la verdadera autoridad, que no es otra que la de aquel que está al servicio de los otros.

Fiesta grande para los Mayordomos. Fiesta imborrable. Llegan los familiares, los conocidos, los amigos, desde cualquier rincón de España. Llegan y contemplan la grandeza de ser Hermano Mayor de una Cofradía en la Semana Santa de Medina de Rioseco.

Con estos preparativos, se hace la tarde de Jueves Santo y todo se pone en movimiento: las Hermandades y Cofradías van siendo reunidas, recogidas, en una peregrinación lenta, tradicional, rituaría. Confluyen poco a poco en el Ayuntamiento, porque aquí, en Medina de Rioseco, todo se hace con calma. Vienen por todas las calles de la ciudad. Rinden homenaje de cortesía y acatamiento a sus Mayordomos, reciben las muestras de la hospitalidad del Consistorio y se preparan para acudir a la iglesia de Santiago, cuyo camino se va poblando ya de penitentes.

Todas las procesiones comienzan aquí con actos de culto. No es formar un desfile y ¡ya está! Se prepara el espíritu, para que la conmemoración sea exacta, fiel, sincera. Primero la Santa Misa; después el Sermón; más tarde la organización de la salida; y, por fin, en último lugar, el inicio del cortejo por las calles, que así se convertirán en templos.

Ya se ha roto el silencio. Al fin se ha quebrado la calma. Los «tapeta-nes» comienzan a redoblar. Los aldaños del templo se colman de gentes. Va a salir la Procesión del Dolor. El «pardal» avisa ya con su desgarrador lamento.

¡Ya salen los pasos! Ya se oyen las voces de «oído». Ya resuenan, con eco sordo, los golpes enérgicos que hacen que las imágenes vuelen hacia el cielo con un impulso humano, conjuntado, armónico. Ya la banda entona sus marchas, que algunos dicen distintas para cada momento y cada paso. Ya los Cofrades trazan sus filas de penitencia. Ya la procesión comienza a andar. A andar, sí, porque el balanceo de los pasos, la emoción del momento, el ambiente expectante, el apretado entusiasmo del gentío y la grandeza de las tallas nos hacen vivir la Pasión y el Dolor, andar el Camino del Calvario.

Y pasa La Oración del Huerto, el paso de la rosa.

Y La Flagelación, que el pueblo llano llama «Los azotes».

Y Jesús atado a la Columna, amorosamente apelado «El Hecce-homico».

Y el Ecce Homo, al que los riosecanos conocen como «Pílatos».

Y Jesús Nazareno de Santiago, con su multitud de Cofrades.

Y El Nazareno de Santa Cruz, solemne y majestuoso.

Y La Desnudez, popularmente identificada con la figura del «barrena».

Y El Cristo de la Pasión, que, de haber sido una talla de mayor tamaño, habría sido el más grande de los Cristos por su belleza y espiritualidad.

Y La Dolorosa, nuestra Dolorosa, la que muestra tanto sufrimiento que no sabemos qué admirar más si el rostro humano de Madre acongojada o el brillo divino de sus ojos de Madre del Verbo encarnado camino del Sacrificio Redentor.

Emulación en los Cofrades. Emulación en el sobrio adorno de los pasos. Emulación hasta en el sordo redoblar de los entelados «tapetanes».

Lentamente, como Cristo llevó su Cruz. Lentamente, para que quienes contemplan el cortejo se embeban y se compenetren con lo que las imágenes representan. Lentamente, porque el cuerpo no resiste lo que el espíritu pesa y lo que los maderos se clavan en los hombros. Lentamente. Majestuosamente.

Las mujeres rezan y sus faroles construyen serpenteantes hileras de trémulas luminarias, y así, despacio, se va desenrollando la cinta polícroma de la procesión entre cánticos de penitencia, entre rezos del Santo Rosario, entre «posos», voces de mando, toques de «tapetán» entremezclados en la distancia, agudos avisos del «pardal» y murmullos de admiración.

Por las calles, ahora sí convertidas en templos, va marchando la procesión y se va, paso a paso, el día de Jueves Santo.

* * *

Al día siguiente, silencio en las primeras horas. Aletear gozoso de los pájaros –más libres que nunca en el vacío de los campos– que nos parece alboroto escandaloso en esta jornada de tristeza y paz.

El corazón se frena en su latir por miedo a traer el ruido a esta quietud serena y plácida.

Por la mañana, el Vía Crucis Procesional, instaurado hace pocos años, con el Cristo de la Clemencia llevado sin tablero, sin adornos, sobre los hombros de los miembros de la Junta de Cofradías.

Y en la tarde del Viernes Santo la Procesión de la Soledad. La culminación de la Semana Grande.

Si al comenzar el día todo estaba aún por acaecer, cuando termina, todo se ha consumado.

De repente, como ola que avanza arrollándolo todo, el clamor de la muchedumbre que ha escuchado las últimas palabras de Cristo en la Cruz y el eco de las mismas que, rebotando, se multiplica en los corazones de todos los riosecanos.

Ahora no cesa ya el murmullo creciente, hasta que, avanzada la tarde, cuando el sol se oculta para no desentonar con el luto de las conmemoraciones, después del Sermón de la Soledad, comienzan a prepararse los Gremios.

El Longinos y la Escalera, noble rivalidad, amor entrañable a sus santos pasos, entusiasmos sin límites, afán de superación, estímulo de la tradición y... competición abierta, sin vacilaciones, sin desmayos, para ofrecer cada uno a su Hermandad la mejor salida de su paso.

En sus componentes, la más maravillosa, rica y variada unidad. ¡Aquí sí que ya no existen clases o rangos! Hermanados, fundidos, como formando parte del mismo paso, del tablero, hombres de todas las profesiones y actividades. Han dejado fuera de la capilla, donde reposan los pasos grandes, sus diarios afanes, sus ideales y hasta sus rencores. Dentro, todos Hermanos, todos componentes de una Cofradía que tal vez persista porque se ha forjado en la sangre que brota en los hombros de los que sacan el paso, en los moretones que les marcan por igual.

Notaréis, seguramente, emoción. Comprenderéis, sin duda, lo que pasa por sus corazones, porque sus rostros expresan y transmiten lo que acontece en su espíritu, el peso que soportan en lo más íntimo.

Cuando se ponen de rodillas para rezar un padrenuestro, antes de ocupar su lugar, cuando se preparan psicológicamente para la lid que les espera, cuando sus músculos comienzan ya a tensarse, cuando sus labios musitan la plegaria, tal vez incompleta por la emoción o la falta de costumbre, ¡estad seguros!, allí están con ellos todos los hermanos ya difuntos, sus antepasados, los que hicieron posible la pervivencia de este momento, ayudando, arrodillándose y... rezando.

Y, como se amontonan los recuerdos y la emoción ha de fluir en un desahogo desusado, son muchos los Hermanos que lloran. No lo harán a menudo, quizás hasta gocen de fama de duros, es posible que sean de los

que se mofan de extrañas debilidades, pero, entonces, lloran. Lloran por sus antepasados que se fueron, por sus pecados, que se les muestran desnudos, y porque saben que un día no muy lejano ellos ya no estarán allí y otros ocuparán su lugar.

Estad seguros de que, en este momento, no se cambiarían por ninguna otra persona del mundo. Tened por cierto que despreciarían riquezas, dignidades y honores, todo lo que se les ofreciese, si a cambio tuvieran que dejar su puesto en el paso.

No dudéis de que darían diez años de su vida, de esta vida tan corta como el abrir y el marchitarse de una flor, por tener unos centímetros más de altura, y poder llevar un «palo».

Cada uno en su lugar. Llega el momento crucial. El Corro hierve y cada cual se aferra a su paso en el puesto que le ha correspondido. Todos se funden con el tablero, hacen masa con él, se convierten en la pequeña porción de un todo mágico.

Dicen... que el paso, cuando comienza a alzarse, pesa poco, vuela solo.

Dicen... que es como si lo levantaran los antepasados, ayudados por ángeles.

Dicen... que cuando el paso está ya colocado para enfilear la puerta de salida, desciende, no porque los Cofrades lo dejen resbalar poco a poco hacia el suelo, no porque quieran los hombres, sino porque su propio peso lo manda cuando los nervios aparecen y los músculos dudan.

Poco a poco. Más despacio todavía. Más abajo aún.

Hay dolor. Hay lágrimas. Hay fatiga. Pero al lado está el Hermano que alienta, que exige, que desafía, que avergüenza si observa un fallo o un momento de debilidad. Y dentro de cada uno está la voluntad, la fe, esa fe que, por ser firme, sentida, verdadera y entrañable, es –también ahora– capaz de mover montañas.

Ya están los pasos en la plaza, ante la admiración de propios y extraños. Y, cuando las fuerzas parecen consumidas, aún queda esa fe, y aún queda entusiasmo y estímulo y valor y emoción para elevarlos suavemente y, con un impulso final, hacerles volar a lo alto, entre las ovaciones de los que han contemplado la salida.

Es como si los hombres hubieran sentido el peso infinito de sus pecados ante el sacrificio que Cristo ofreció y que su paso representa. Tal vez por ello, han querido doblarse ante el Señor, pidiendo perdón. Y ahora, una vez saben que lo han conseguido, pueden mirar al cielo, mientras sus brazos se alzan ofreciendo al Padre Eterno esa pizca de sacrificio, de dolor, de expiación.

Y la Procesión de la Soledad comienza su recorrido. Multitud, martilleo de horquillas sobre el pavimento, y los pasos flotando por entre las

cabezas entre poso y poso. Hombros que se niegan y hombres que avanzan; carne que flaquea y espíritu que alimenta la firmeza; músculos que se agarrotan y endurecen, y corazones que, por ablandarse, hacen posible que todo prosiga, que la marcha continúe, que el final llegue.

Cada cual busca su lugar preferido para contemplar su discurrir: la proximidad física del giro de salida a la Calle Mayor..., la visión encuadrada del trazado sinuoso de los soportales..., la perspectiva profunda de la bajada de Santa Cruz..., el espacio abierto de la Plaza Mayor..., el maravilloso y concurrido refugio entre los contados postes que abren la calle de La Doctrina, donde los pasos se detienen frente a la Capilla de la Cruz, asentada sobre el misterio del Arco de Ajújar, y dan «la rodillada» en emocionante homenaje de veneración y pleitesía a la Virgen...

Pasos de La Crucifixión y El Descendimiento. «Pasos grandes». Pasos que son la ilusión de los niños –que escenifican sus procesiones, y se entrenan, sacando a las calles las ingenuas réplicas que ellos mismos construyen («¡Oído!»)–, el banco de pruebas de los jóvenes –ceremonia ritual de acceso a la condición de hombre («¡Ya he sacado el paso!»)– y la triste ensoñación de los mayores –nostálgico recuerdo revivido («¡Cuántas veces porté yo ese paso!»)–. Pasos que todos aspiran a sacar, que algunos afortunados sienten un día sobre sus hombros y que muchos ya no podrán llevar jamás.

Y El Santo Cristo de los Afligidos, imagen de profundo dramatismo, arropada por el culto y adoración que recibe durante todo el año en la iglesia de los Padres Claretianos.

Y El Cristo de la Paz, impresionante en su grandiosa y humana corporeidad, que, en un afán por llevar a todos la concordia, ha recorrido todos los templos y todas las procesiones.

Y La Piedad, sencilla, dulce, tierna Madre dolorida.

Y El Santo Sepulcro, el cuerpo yerto en el que se funden los suspiros de muerte y las esperanzas de la resurrección.

Y La Soledad, el patetismo de una mirada que no alcanza a ver, que no cree posible tanto dolor.

Y, tras la subida, sin pausa y sin aliento, de la calle Mediana, retornan al templo los pasos. La Soledad se despide de los «grandes», contemplándolos con cariño de Madre. Y éstos, con respetuoso amor, dan de nuevo ante Ella la «rodillada» –¡que únicamente ante la Madre del Verbo se inclinan y humillan los hijos de esta tierra!

Luego el ritual costumbrista de la entrada, que los conocedores, los amantes de la tradición y los avisados nunca se pierden. Crujir de maderas, de huesos, de corazones... no por la fatiga, sino porque la separación está cercana, porque la procesión termina, porque el paso se va a quedar solo, aguardando la llegada de un año más, porque nadie tiene la certeza

de que la próxima Semana Santa vuelvan a reunirse para llevarlo sobre sus hombros los mismos que lo han sacado hoy...

Es verdaderamente ahora cuando la Procesión de la Soledad se hace soledad cierta.

* * *

Sábado Santo. Cansancio y tristeza. Frialdad de sepulcro. Calles desiertas.

Y por la noche, como contraste maravilloso, la alegría jubilosa del Aleluya en la Vigilia Pascual. ¡Cristo ha resucitado! ¡Nosotros también resucitaremos! ¡Aleluya!

* * *

El Domingo, entre el vuelo ruidoso de los cohetes, la Procesión del Santo Encuentro, llana, sencilla, dulce como el rostro iluminado de la Virgen de la Alegría, porque la ciudad se ha cansado de excesos y recobra la línea habitual de serenidad, de paz, de quietud, apenas acompañada por la melodía suave de las campanas.

* * *

¡Venid! Os daremos lecciones de calma, de sosiego, de tranquilidad. Estad seguros de que contemplaréis con reposada ansia, desde una mezcla indefinida de sentimientos, esta ciudad de Medina de Rioseco y que, luego, exclamaréis: ¡Cuánta belleza y serenidad!, ¡qué majestad poseen estos gigantescos templos!, ¡qué armonía emana de esa Rúa Mayor!, ¡oh, asombro de sus puertas medievales, de sus callejas y casonas!, ¡oh, milagro de sus procesiones, que son aquí la fe hecha piedra como señal de constancia y perdurabilidad!

¡Venid! Luego, podréis rememorar desde la distancia y descansar en el recuerdo exacto, para decir, con la nostalgia de Juan Ramón: «Y yo me iré... y se quedarán los pájaros cantando... y se quedará mi huerto, con verde árbol y con su pozo blanco».

Y cuando aparezcan agobios de trabajo, desazón o inquietud, preocupación o nervios, aún os será posible encontrar el alivio volviendo la vista atrás, para seguir diciendo con el poeta: «Todas las tardes el cielo será azul y plácido, y tocarán, como esta tarde están tocando, las campanas del campanario».

Y en nuestro marchar hacia Dios, poco a poco, en ese viaje sin vuelta que es la vida, bueno será detenerse para respirar la fe de la Semana Santa riosecana, vivir su espiritualidad con solera de siglos y después... reposar tendidos sobre el césped que orla los caminos del pasar terrenal, mientras

los pensamientos nos proyectan el celuloide rancio de nuestras vidas pasadas, en las que, tras haber contemplado esta Semana de Pasión castellana, ya no faltarán jamás una ciudad monumental, la tradición de un pueblo, unas iglesias únicas, un sentir profundo, unas procesiones grandiosas, un árbol y la canción de los pájaros... ¡ah!, y el repicar de esas campanas, que aún suena y se escucha, y que trae hasta nosotros la felicidad santa de una Resurrección triunfante.

* * *

¡Oid mi voz pregonera!

Diré, como San Juan: «Y el que lo había visto, lo ha testificado. Y su testimonio es verídico. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis».

¡Venid! Comprobaréis luego cómo en Castilla, durante la Semana de Pasión, existe una Ciudad que se convierte en Templo, para dar así cabida a su fe. Una Ciudad que muestra su más sincero acento en su Semana Santa...

¡Semana Santa de Medina de Rioseco!



Junta Local de Semana Santa

